

todo en todo sea verdad que el estar atado sea más que estar herido, eslo al menos, de ordinario, que mucho menos es salir uno de la batalla con una y más heridas y con su libertad, que quedar preso y con las mismas heridas, y aun con solas las prisiones, pues pierde con ellas la libertad, que no tiene precio. Las heridas sanan, y acábase el dolor; pero ¿cuál será el del preso y lleno de llagas? Al fin, el primero es libre y el segundo cautivo. Lo que quiero significar y decir por este ejemplo es que, en este grado segundo del amor, no se admiten interpolaciones ni declinaciones como en el pasado. Porque, á la manera de una calentura aguda y continua, quema y abrasa el ánima, y con el perpetuo ardor de su deseo la enciende, sin darle reposo alguno en ningún tiempo. De manera que, como el enfermo que actualmente está en la cama con una fiebre ó cición muy recia, y el que, amarrado á un poste con una gruesa cadena, no pueden alejarse más de aquello que lo ancho de la cama y lo largo de la cadena les da lugar, así, el que de este tirano amor está poseído, en cualquiera cosa que haga, adoquiera que se vuelva, siempre se conoce atado, porque se halla presente á lo que con tanto cuidado quiere y ama, sin poder alejar un punto su pensamiento y deseo de ello.



CAPÍTULO IV

Y TRIUNFO TERCERO.—DE LA ENFERMEDAD
DEL AMOR

MUCHAS cosas notables del amor dijo Diotima en el convite de Platón, y una de ellas fué que inducía enfermedad. Y así le pintó macilento, seco, inculto y desaliñado. Porque á los aficionados fáltales el humor y el calor de que la vida de todos los animales y árboles consta, por cuya causa enflaquecen, enferman y se secan. Que llano está que la sequedad en las cosas es por falta de humor; y la magrez, flaqueza y mal color por carecer del calor sanguíneo. Por esto, los que vehementemente aman, de ordinario siempre andan flacos, amarillos, secos, ahilados y de color de muerte; pues, como naturaleza no basta ni puede acudir juntamente á dos obras adonde va la intención del ánimo aficionado, y adonde se ocupa toda, que es en el continuo pensamiento de la cosa amada, va también la virtud de la natural complexión, y á aquello sólo atiende. Y así no se cuece perfectamente el manjar en el estómago. De donde proviene

que la mayor parte de él se convierte en excrementos y superfluidades, y la menor es llevada cruda al hígado; y allí, por la misma razón, se cuece mal. Por lo cual, muy poca sangre, y ésa cruda, se reparte por las venas, á cuya causa los miembros todos, por la falta y crudeza, se adelgazan y pierden el color.

De más de esto, adondequiera que la intención continua del ánimo es llevada, allí corren y vuelan los espíritus, que son como litera ó instrumentos del ánimo. Estos espíritus se crían en el corazón de la sutilísima y más pura sangre; y porque el ánimo del que ama es arrebatado á la semejanza del amado, la cual tiene impresa en su fantasía, tras él se van ó son llevados los espíritus vitales, y allí continuamente se resuelven, si no hay muy ordinario reparo para ellos. De aquí es que, resolviéndose y consumiéndose la sangre pura y clara, como la que queda es requemada, gruesa, seca y negra, viene á secarse el cuerpo y perder el lustre y color, y ser los que aman melancólicos, enfermizos y de ruin digestión.

Todo esto habemos dicho para que no se le haga á ninguno de nuevo oír decir que el amor induce á enfermedad. Que aunque es así que la del divino principalmente se considera en el ánimo, también se ven cada día en los amigos de Dios enfermedades de cuerpo por el intenso amor; el cual, arrebatando para Dios toda la intención del ánimo, luego le siguen los espíri-

tus, y se engendran crudezas en el estómago, hay opilaciones, hastíos y otras enfermedades. Pero no nos bajemos más en materia tan alta, que á más nos llama este tercero grado de amor. Aunque será razón saber si puede haber otro sobre el segundo. Digo, pues, que se admiten y dan grados más subidos que el pasado; porque, si bien dijimos que ningún otro afecto puede enseñorearse de éste, no es aún solo; y, si no admite interpolación ni separación, todavía no es *sempiterno*. Pero me preguntáis: ¿Puede haber cosa más violenta que él? ¡Oh violencia de la caridad de Dios, y qué poco es esto para lo que tú puedes y obras en el alma que entra en tu poder! Débese, pues, notar que hay grande diferencia entre *sumo* y *solo*, como la hay entre estar siempre *presente* á la cosa amada y *no admitir compañía*. A lo menos, la experiencia nos muestra que podemos estar presentes á quien amamos y tener muchos acompañados en el amor, aunque verdaderamente aquel uno se aventaje á todos y tenga el más principal lugar en el corazón. De manera que, según esta distinción, al que es sumo amor le falta ser solo. Y así decimos que, cuando el amor divino excluye cualquier otro afecto, de cualquier criatura y de todas juntas, y no da lugar ni consiente que amemos nada fuera de este uno, ó por este uno, llega á ser solo y á tener el tercer asiento, y es escalón de la violenta caridad. Aquí es donde ninguna cosa puede satisfacer al

alma fuera de este uno, ni darle gusto sino por este uno. Uno ama, uno quiere, de uno tiene sed, uno desea, por uno anhela y suspira, y de este uno sale fuego que le abrasa. En éste sólo y único descansa y halla su cumplida refección y hartura. Ninguna cosa le es dulce ni de buen sabor que no vaya guisada con este uno; y, si se le ofrece, la desecha, acocea y despide de sí, porque no frisa con su deseo ni sirve á su afecto.

No hay palabras que basten á declarar la tiranía del amor en este grado, la cual es tanta, que alcanza todo deseo, excluye todo cuidado, y oprime y violenta todo ejercicio que no sirve á su voluntad y apetito. Todo lo que se trata y piensa, tiene y juzga por inútil y por intolerable, si no se endereza y encamina á este uno y solo fin que tanto desea. Cuando de este uno goza y con paz le posee, júzgase nuestra ánima por señora de todas las cosas, y todas juntas le vienen con él, y sin él todo le causa horror, todo le ofende y da en rostro; las fuerzas del cuerpo le faltan, el corazón se le carcome y pudre, no recibe consejo, no escucha razón ni admite algún humano consuelo. Aquí clama, y pidiendo socorro dice (1): «Sustentadme con flores, y fortalecedme con manzanas, que estoy herida de amor ó enferma». Conforme á la Vulgata: «Bien parece

(1) Fulcite me floribus, estipate me mallis, quia amore languo.—*Cant.*, 2.

enferma la que habla; pues, á los que lo están, suelen antojárseles flores y fruta». Son palabras éstas de la esposa tan misteriosas, que apenas oso tocar en ellas. Ha salido de la bodega del vino, donde bebió hasta hartar; y, como embriagada y fuera sí, dice que la sustenten con olores y la fortifiquen con buenas frutas.

Entróme el Rey en la bodega del vino y ordenó en mí la caridad (1). Dos grandes favores hizo el Rey á esta alma, que aquí tenemos enferma. El uno fué entrarla en la bodega de su vino y franquearle las cubas. El otro ordenar en ella la caridad. El primer regalo es grandísimo, y de solos los amigos. Porque, si miramos el argumento de los *Cantares*, que es pastoril y de campo, la bodega, entre los labradores, es donde están todas sus riquezas y las alhajas de casa, adonde no entran sino los familiares y muy de ella. Pues decir el alma que entró en la bodega de Dios, es darnos á entender que le mostró las riquezas de su gloria y le dió á gustar el vino suavísimo suyo; por el cual, entre los hebreos, era significado todo género de regalo y deleite. A las cuales dos cosas se sigue luego desprecio de todo lo que fuera de la bodega del Rey soberano se puede hallar. Porque ¿quién hay que, gustando el vino suavísimo de la divina consolación, no huelle y tenga en poco el vinagre de los deleites y rega-

(1) Introduxit me rex in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem.—*Cant.*, 1.

los del mundo? ¿Quién contempló las riquezas y tesoros de la Casa de Dios, que no tuviese por estércol, como otro San Pablo, que fué llevado á esta bodega, las riquezas, honra, dignidades, oficios y prelacías de la Tierra? Decía San Agustín (1): «No se halla gusto en cosa del mundo, gustado el vino del espíritu de Dios». Pues aún pasó más adelante el favor del Rey con su esposa, la cual confiesa que ordenó en ella la caridad. En el hebreo dice: *Vexillum ejus super me dilectio*. Díome una señal de su amor, como lo suelen hacer los que estrechamente se aman.

Santa Inés, virgen y mártir, porfiando el hijo del tirano que casase con ella, le dijo que no podía, y dió la razón (2). «Puso, dice, mi Esposo una señal en mi rostro, para que, fuera de Él, ningún amador admita». La señal que puso el Esposo á la esposa nadie la sabe; sólo vemos que ninguna cosa criada admite á su amor, y que, ora de la admiración de tantas riquezas como contempló en esta bodega, ora de la fuerza del vino que bebió, ora de la señal que el Esposo le puso, se confiesa enferma y pide remedio á su enfermedad; y el remedio que pide es de manzanas y flores. Plinio, en el libro VII de su natural historia, entre otras muchas co-

(1) Gustato hoc spiritu desipit omnis caro.—Agust.

(2) Posuit Dominus signum in faciem meam, ut nullum præter illum amatorem admittam.—Ecc. in off.

sas, cuenta de unos hombres monstruosísimos, llamados *Astomos*, que no tenían bocas. «Vís-tense, dice, del vello de los árboles, no comen ni beben, pero sustentanse del olor de los manzanos y de las flores.» Y realmente el olor sustenta mucho, y un antojo de fruta cumplido suele sanar de una enfermedad; y si no es que, acordándose aquí la esposa de que su Esposo se comparó á la flor del campo, y ella le llamó Manzano, pide flores y fruta de este árbol; yo no sé si entiendo su petición. Aunque una persona religiosa de nuestros tiempos, adornada del espíritu de Dios, interpreta este antojo del ánima enferma diciendo que pedía santos deseos y obras perfectas en sus prójimos, entendidos en las flores y manzanas. Y, á mi juicio, tuvo mucha razón; porque no hay cosa que tanto recree y alivie á una persona enamorada de Dios, como ver aprovechados á sus hermanos en el servicio de Su Majestad. *Ahora tengo vida y consuelo*, dice San Pablo, *porque os veo firmes en el servicio de Dios* (1). ¡Cómo desfallecen los Santos y enferman viendo que se ofende Dios! *Miraba los que os ofendían*, dice el Profeta, *y carcomíame y secábame como un palo* (2). Pues ¿por qué no recibirán alivio y recreo viendo obrar virtud? ¿Por qué no ha de pedir este consuelo especialmente la que ha bebido del vino del amor de Dios y

(1) Thesal., 3.

(2) Psal. 118.

sale con orden en la caridad, que manda amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios? «Fortalecedme, dice, de flores y rodeadme de manzanas, que estoy enferma de amor». Es como si dijera: Cuéntenme aquí los deseos y obras de mi Cristo, ó los deseos y hechos de los justos, porque estoy enferma del amor. Déjenme acudir á mis hermanos y ayudarlos á salvarse, porque no puedo sufrir la fuerza del amor.

En otra parte dice (1): *Decídselo vosotras*, almas santas, ó *ángeles del Cielo*, que tenéis licencia de entrar á su aposento y retrainimiento secreto; vosotras, que habéis experimentado cuánta sea la fuerza del amor, *decid á mi Querido que estoy enferma del suyo. Amore languero*. No está enfermo y flaco el amor, sino yo; tanto crece la enfermedad del amor, cuanto el amor si está ausente lo que se ama. Dirá alguno: ¿qué cosa es enfermedad de amor? Una afección, un deseo y ansia que consume el ánima por la ausencia de su amado. El amor vehemente atormenta juntamente la carne y el ánimo del paciente. Enferma la carne porque amortigua, apaga y consume en ella el amor, los sentimientos lascivos y apetitos sensuales, y enferma el ánima porque estrecha y constriñe en ella su alegría; enferma la carne perdiendo los bríos; enferma el espíritu deshaciéndose y consumiéndose con la demasía

(1) *Filiæ Hierusalem nuntiate dilecto, quia amore languero.—Cant., 7.*

del deseo que siempre le abrasa. ¡Oh poderosa pasión la del amor si no se templa ó se aquietal Poderosa, digo, porque al ánimo que una vez posee, le vuelve impotente de sí mismo. Encendida una vez en el alma esta pasión amorosa, toca fuertemente de fin á fin, hace á lo que viene, prospérase y crece, y no desfallece hasta que hace desfallecer nuestro ánimo. Algunas veces, en especial á la hora de la oración, crecen más estos amorosos deseos y á este tiempo enferma el amante; porque el espíritu vehemente (aunque de paso) le hace que no se pueda tener, y que desfallezca con la demasiada flaqueza que induce el amor. Al principio de esta hora dichosísima, está el alma enferma; mas al fin desfallece y derrítase como la cera en la presencia del fuego. Pero mire el que ora, que ha de estar con gran cuidado de no dejar que su ánimo ande vagueando y derramado; porque si, ordenándolo el Señor, fuere tocado de esta pasión, se aperciaba con tiempo y se disponga para ella para que todo le ocupe, abrase y consuma; pues no suele apartarse ni despedirse hasta beber todo el espíritu del hombre, como se vió en Daniel, varón de deseos, el cual, en aquella celestial vision, enfermó todo, desfalleció y quedó sin fuerzas (1). Decía el Profeta (2): «Lo que era mío, en el co-

(1) Daniel, 8.

(2) Defecit cor meum, et caro mea. Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.—Psal. 7.

«razón y en el cuerpo, desfalleció y acabóse; por tanto, apoderóse Dios de mí cuando me vió sin mí, y yo no quiero fuera de Él cosa para siempre». Éste es el tercer grado del amor violento, muy diferente del segundo, porque en aquél hay lugar para ocuparse el hombre en negocios exteriores, aunque el pensamiento no puede desasirse de Dios, al cual fuertemente está unido; mas en éste queda el ánima como consumida y enferma con su demasía; y como en ninguna cosa puede meditar ni pensar sino en lo que ama, tampoco puede atender á negocios extraños. En el segundo grado están las manos y pies libres, porque á nuestro albedrío y discreción podemos ejercitarnos en obras virtuosas, tomando unas y dejando otras; mas, en el presente, la fuerza del amor, á manera de gravísima enfermedad que debilita los pies y las manos para no poder menearlos ni servirse de ellos á su voluntad, queda el ánima como inmóvil. Quiero decir que en ningún tiempo se mueve á pensar, ni obrar, sino por donde este deseo la lleva. Conforme á lo cual dijo Ezequiel de aquellos divinos animales (1): Adonde el ímpetu del espíritu los llevaba, allí sin resistencia iban. Tenían cuatro rostros, y los pies redondos como de becerro, y á cualquiera parte que el espíritu los llamase podían caminar, sin tener necesidad de volver las espaldas ni enderezar los pies y el rostro, como

(1) Ezech., 1.

cuando es uno solo. En lo cual quiso significar el Espíritu Santo cuán rendidas andan á su impulso las almas que como serafines arden en este grado de amor, en las cuales ninguna cosa se halla de gusto ni de voluntad propia, porque vive en ellas sólo Dios.





CAPITULO V

DE LA INSACIABILIDAD DEL AMOR, Y DE CÓMO
NO SE CONTENTA CON LO POSIBLE: ES NOTABLE.

PARECE que no nos queda, llegados aquí, adónde subir más amando. Porque, si en el primer grado hirió el amor á nuestro afecto, en el segundo ató nuestro pensamiento, en el tercero nos imposibilitó para todo lo que no es el Amado, y del todo se enseñoreó de nuestra voluntad; ¿á qué más se puede extender? A lo imposible; porque lo posible no le harta. El primer grado del amor es *insuperable*, porque ninguno otro le sujeta; el segundo *inseparable*, porque no consiente olvido ni intermisión; el tercero *singular*, porque no admite compañía; mas este cuarto es *insaciable*, porque nada le harta, ni lo que es ni lo que no es. No se contenta con tener llagado el afecto, ni con tener atado el pensamiento, ni con la posesión de todo el hombre; porque su calor es como de un avestruz, para quien es poco todo lo posible. Cuando nuestra ánima llega á este tan feliz y bienaventura-

do estado, en ninguna cosa que ella hace ó se hace por ella halla su deseo perfecta hartura. Tiene sed y bebe, y bebiendo no queda satisfecha, antes queda con mayor apetito y ansia de beber, porque padece una como hidropesía espiritual. No se hartan aquí de ver sus ojos al Amado si está presente, ni los oídos de oír hablar y tratar de Él si está ausente. Trae una hambre insaciable de Dios, como el avariento de dineros y el infierno de tragar hombres, y nunca dicen *basta*. Bien dijo San Agustín explicando la condición del amor de los que así aman (1): *No recibe el amor violento alivio ni consuelo de la imposibilidad*. Como si más claro dijera: No es esta pasión del amor como las otras, conviene á saber: de riquezas, de honras temporales y deleites de carne, porque aquéllas suelen mitigarse y disminuirse, ó con la razón, ó cuando se ve que lo que se desea es imposible; pero á ésta no se le puede poner freno, porque juzga por posible lo imposible, y, si no hace este juicio, porque tiene luz del Cielo, á lo menos deséalo, y deseándolo desfallece. Porque cosa llana es que nuestra ánima, en cuanto está presa en la mazmorra del cuerpo y atada con las cadenas de estos sentidos, no puede por entero gozar de la felicidad eterna para donde fuimos criados. Mas, por ventura, estando tan enamorada de su Dios (como aquí la pintamos), ¿halla algún alivio

(1) Amor non capit de impossibilitate solatium.—Agustín.

ó declinación á su deseo con este imposible? ¿Deja de desear y abrasarse con el deseo de ver y gozar lo que ama perfectamente, aunque está cierta que no le es posible alcanzarle en esta vida? No, en verdad. Ni es por ello digna de reprehension, porque no sólo no se ofende Dios con semejantes deseos, antes parece haber abierto Su Majestad puerta para ellos. Y en su favor hallamos escrito aquel estrecho mandamiento del amor, que dice (1): *Amarás á tu Dios de todo tu corazón, de toda tu ánima y de toda tu mente ó virtud.* Que aunque en este desierto y valle de lágrimas, así como nos consta que ninguno lo puede cumplir perfectamente como en el Cielo, así es bien que todos lo deseemos. Y que sea justo este deseo, vese muy claro, porque, en la descripción del hombre que de tal se precia, se dice (2): *En sus mandamientos querrá demasiado.* «Y ¿qué cosa es querer demasiado, dice Ricardo, sino exceder con el deseo á la posibilidad y fuerzas humanas?» En este mismo sentido dijo la esposa hablando con su Esposo (3): *Las doncellas te amaron demasiado, no guardaron modo en el amor, según nota San Bernardo.* Como Dios es infinito é inmenso, el alma que le ama procura cuanto puede contrahacer y remedar esta infinidad é in-

(1) Deut., 6.

(2) In mandatis ejus volet nimis.—Ps. 111.

(3) Adolescentulæ dilexerunt te nimis.—Cant., 1.

mensidad con su amor. No ama por tasa, ni por medida, porque no la tiene Aquel que ama. De manera que el ánima enamorada ama todo lo que puede, mas no todo lo que quiere; el amor es tasado y medido, porque su virtud lo es; mas el deseo es sin tasa y sin medida. Ama como una criatura, pero desea amar más que todas las criaturas; y si tuviese el amor de todas y le diese todo á su Criador, no quedaría harta. De aquí nació en el glorioso Padre San Agustín decir aquella quisicosa de perfectísimo é insaciable amor: «Si Agustino fuera Dios y Dios fuera Agustino, dejara Agustino de ser Dios porque Dios fuera Agustino». Parecióle poco á este insigne amador dar á Dios como criatura honra y amor, y fingese Dios y da como Dios. Como si dijera más claro: si fuera posible que yo tuviera todo lo que tiene Dios, lo diera de muy buena gana sin quedarme con nada al que confieso por Dios. Son invenciones éstas de los varones justos, de quien se escribe en Isaías (1): «Decidle al justo que *bien*, que estoy muy agrado de sus invenciones; son tan buenas y de tanto gusto para mí, que le doy mi palabra de darle de comer largo por ellas».

Hacen los Santos mil potajes de sí mismos y de sus voluntades y deseos, para agradar más á Dios. Invención es aquella del Profeta, que

(1) Dicite justo, quoniam bene, quoniam fructum ad inventionum suarum comedet.—Isai., 3.

dice (1): *Deseó mi ánima desear vuestra ley y mandamientos en todo tiempo.* ¿No fuera más propio y mejor lenguaje decir: deseó mi ánima vuestras justificaciones, que no deseo desear? No porque ese deseo pertenece á uno de los grados pasados, ó á todos tres; mas desear desear es del amor insaciable; que bien se ve que no puede ver harto su deseo el que deseó desear. La hambre del ánima es el deseo; no se harta de amar, porque *Dios es amor*, y, quien á Dios ama, ama al amor; amar al amor hace un círculo infinito, donde ni tiene término ni fin el amor. Es *insuperable*, porque de nadie es vencido y todo lo vence; es *insaciable*, porque todo lo traga, y nada le harta antes de la abundancia para mengua. Por lo cual se escribe: «Los que me comen (dice Dios, amor infinito) tendrán mayor hambre, y los que me beben mayor sed» (2). Dios es comida y es amor: quien ama á Dios, come á Dios; y quien come á Dios, come al amor; y ¿qué puede engendrarse del amor sino el amor? Y si el amor que se come es infinito, ¿no ha de engendrar en el alma amor infinito, ó á lo menos deseo y hambre de amar? ¡Oh, Dios mío y Bien mío, mi amor y mi comida! ¡Cómo recreas á los que te aman, y amando te comen, dejándolos siempre con mayor hambre! Quien nunca te gustó, nun-

(1) *Concupivit anima mea, desiderare justificationes tuas in omni tempore.—Ps. 118.*

(2) *Qui edunt me adhuc esurient, et qui bibunt me adhuc sitient. Ecclesiastic., 24.*

ca de Ti supo tener hambre, porque Tú sólo eres el que de tal manera recreas las almas, que, dándoles vida y hartura, las dejas con hambre, que esa es la comida que prometes al justo.

La Reina Soberana María, visitando á Santa Isabel, llena de Dios y de su espíritu, dijo: *A los hambrientos llenó Dios de bienes* (1). No habla de cualesquiera hambrientos, que muchos lo son de bienes temporales, y nunca les da Dios una casa en que vivir, porque no les conviene. Y los ricos ¿no tienen hambre? Grandísima. Pues á éstos, dice, que los dejó vanos y vacíos; ricos y vacíos, como dijo el Profeta: «Cargados de riquezas y muertos de hambre, y sin hallar de dónde remediarla» (2). Los hambrientos de Dios, y que con hambre buscan á Dios, no desfallecerán en todo bien (3). Quiere decir, no les faltará ningún bien, serán llenos de todo bien. Lo mismo es lo que dice el Profeta que lo que dijo la Virgen, y el uno y el otro no dicen que harta Dios á los hambrientos, sino que los llenó de bienes; pues diferencia hay de estar lleno de bienes á estar harto; que muchos hombres vemos muy ricos y muy llenos de bienes temporales, y, como ya dijimos, no están hartos. Así le sucede al alma

(1) *Esurientes implevit bonis et divites dimisit innanes. Lucæ, 1.*

(2) *Divites eguerunt, et esurierunt.—Ps. 33.*

(3) *Inquirentes autem dominum non minuentur omni bono.—Ps. 33.*

que come de Dios, que está llena de bienes, mas no harta; que los bienes de la caridad tanto menos hartan al ánima cuanto más la llenan; pero ¿qué bienes son éstos? El Apóstol los cuenta: paz, paciencia, longanimidad, mansedumbre, modestia, continencia, castidad, gozo en el Espíritu Santo, y al fin toda mansedumbre y suavidad; porque escrito está (1): «Los bienes que, » Señor, tenéis aparejados para los que os aman, » sólo Vos los podéis contar y apreciar; porque » ni el ojo los vió, ni el oído los oyó, ni en corazón de hombre pudieron haber». Puedense adquirir (como dice San Agustín); mas en estimarse exceden nuestros deseos y sobrepujan nuestros afectos. ¿Qué hambre debía de llevar de Dios el Niño Jesús cuando subió á Jerusalén, que, acabados ocho días que duraba la fiesta, se quedó en el templo otros tres? (2). Pues en su oración ¿era corto? Las noches enteras gastaba en ella. ¡Qué epístolas escribía San Gregorio después que le hicieron Sumo Pontífice, tan llenas de lástimas y quejas de que le habían quitado su celdilla y rincón, donde con sosiego y quietud gozaba de Dios á sus solas. No hay quitar á Magdalena de los pies de Cristo, porque comía manjar que comido harta y da ham-

(1) *Oculus non vidit Deus absque te, quæ preparasti expectantibus te.*—Isai., 64.

(2) *Luc.*, 6.

bre. Ana, profetisa, acostumbraba desde su niñez á estar en el templo, y no hay sacarla de él. Siempre anduvieron los Santos buscando invenciones para hartarse de Dios, y Dios para llenarlos y dejarlos con hambre.

